

sacerdocio de cristo y ministerio sacerdotal (I)

NOTA PRELIMINAR

En estos momentos en que se prepara activamente la Asamblea conjunta de Obispos y Sacerdotes, cuyo tema central lo constituye sin duda el sentido del Ministerio Sacerdotal, nos parece que las siguientes reflexiones pueden interesar a nuestros lectores.

Somos conscientes de que la Carta a los Hebreos no se refiere para nada al Sacerdocio Ministerial. El autor de la Carta habla solamente del Sacerdocio de Cristo. Con todo, no podemos olvidar que la teología posterior ha elaborado una reflexión sobre el Ministerio según la cual existe una especial vinculación entre el Sacerdocio Ministerial y el Sacerdocio de Cristo (cf. Vaticano II. Decreto sobre el MINISTERIO Y VIDA DE LOS PRESBITEROS, n.º 5). Y, en todo caso, jamás se podrá justificar en la Iglesia una comprensión del Sacerdocio que no esté de acuerdo con el Sacerdocio de Cristo (1).

A. EL SACERDOCIO DE CRISTO FRENTE A LA EXPECTACION HUMANA

1. Expectación mesiánica y expectación sacerdotal

Se ha dicho muchas veces que en el pueblo judío existía, en los tiempos del Evangelio, una formidable expectación mesiánica de tipo político y, por eso, de grandeza humana. Como igualmente se ha dicho que Cristo se opuso tajantemente a esa forma de mesianismo y por eso decepcionó al pueblo, fracasó ante la opinión pública y terminó en la

muerte. Todo esto son ya cosas muy sabidas. Pero lo que no es tan sabido es que, de la misma manera que existía una formidable expectación mesiánica, de la misma manera existía una enorme expectación sacerdotal. Es decir, lo mismo que se esperaba a un gran Mesías, igualmente se esperaba a un gran Sacerdote, que vendría a colmar una serie de aspiraciones en el pueblo.

Para comprender esto hay que tener en cuenta lo siguiente: *en la historia de Israel poco a poco se fue imponiendo la idea de que el templo (y por eso también el sacerdocio) constituían el centro vital único del pueblo de Dios.* En el Exodo, inmediatamente después de la Alianza, se habla largamente de la instauración del Santuario y del Sacerdocio (Ex 25-31); en el Levítico se habla largamente de los sacrificios y de la consagración de los sacerdotes; en los Números (16-18) se habla también de la confirmación de Aarón como pontífice. De ahí que en una serie importante de textos se exalte repetidamente la importancia decisiva del Templo y del Sacerdocio (por ejemplo: Is 2,1-5; Miq 4,1-3; Jer 33, 14-22; Ez 40-44, etc.). Después del Exilio, tal importancia del sacerdocio se acentúa aún más, hasta tal punto que los sacerdotes no sólo tienen una solemne importancia religiosa, sino incluso política (cfr. 1 Mac 13, 41). De esta manera se comprende cómo para aquellos hombres, en el consejo divino de la salvación, el Templo y concretamente el Sacerdocio tenían una importancia central. De esta manera presentan toda la historia de Israel los libros de las Crónicas.

Pero todavía hay más: en los tiempos inmediatamente próximos a la aparición de Juan el Bautista, esta expectación sacerdotal se había acentuado poderosamente. Así aparece claramente *en los documentos de Qumran*: “Y serán gobernados (los hombres de Qumran) con las leyes primeras con las que empezaron los hombres de la Congregación a comportarse rectamente, hasta que venga el profeta y el ungido de Aarón y de Israel” (I QS IX 10-11). El ungido de Aarón se entiende, en la mentalidad de ellos, el gran Pontífice escatológico en el cual la institución sacerdotal debía llegar a su plenitud definitiva. En la Regla de la Congregación se daba la precedencia al Gran Sacerdote, contradistinto del Mesías y por encima de él (I QSa II, 19-21). La misma idea de expectación sacerdotal aparece, quizás más marcada, en los Testamentos de los 12 Patriarcas (apócrifo de origen judío, redactado por los cristianos): “Y suscitará el Señor de Leví un Pontífice y de Judá un Rey que salvará a todas las gentes y al pueblo de Israel” (Tes. Simeón VII, 1). Los textos abundan en este sentido. Claramente aparece, pues, esta expectación que se había de cumplir en los tiempos del Nuevo Testamento.

2. *La aspiración al liderazgo y a la seguridad*

Esta expectación mesiánica y esta expectación sacerdotal tienen una especial resonancia y una especial actualidad para nosotros. Estas aspiraciones del pueblo judío se refieren y brotan de aspiraciones muy hondas del ser del hombre: la aspiración al liderazgo humano y la aspiración a la seguridad humana. La aspiración al liderazgo, reflejada en la expectación del gran Mesías-Caudillo político; la aspiración a la seguridad reflejada en la expectación del Gran Sacerdote Mediador definitivo. Porque de la misma manera que el Mesías habría de venir a satisfacer

las aspiraciones de dominación, el Sacerdote definitivo habría de venir a satisfacer las aspiraciones de seguridad plena ante Dios, porque él sería el mediador consumado y pleno, sin fallo posible en su mediación.

Hoy los hombres seguimos siendo los mismos de entonces, en cuanto a estas aspiraciones se refiere. Y seguramente aquí reside (de manera inconsciente) muchas de las crisis sacerdotales de nuestro tiempo. No cabe duda que los hombres del clero están marcados fuertemente por una pasión de liderazgo y por una pasión de seguridad. Todo hombre siente una fuerte aspiración a salir del anonimato y de la vulgaridad; pero creo que al clero se le acentúa tal aspiración; porque muchas veces a base de explotar esa aspiración estaba montada la propaganda vocacional y hasta importantes aspectos de la formación sacerdotal; se proponían los modelos de hombres grandes en santidad y ciencia, se hablaba de las grandezas del sacerdocio o de la institución. Todo ello marcado de un tinte espiritual muy fuerte; hasta que con el paso de los años se iba cayendo el tinte espiritual y se quedaba solamente (principalmente) la pasión del liderazgo, camuflada muchas veces de mil maneras, pero realísima y a veces hasta violenta.

Creo que aquí reside la historia oscura de tantas tensiones, de tantas frustraciones en los hombres que trabajan sin brillar todo lo que ellos quisieran, etc. Y otro tanto se diga en lo que respecta a la aspiración a la seguridad. La vida sacerdotal está montada sobre la fe religiosa y para el testimonio de lo religioso. Pero la fe religiosa es insegura; y ahora lo es más que nunca. De ahí que se acentúe más si cabe la aspiración a la seguridad: a tener un planteamiento seguro, un proyecto seguro, una aceptación asegurada, etc.

3. *La respuesta de Cristo*

Ya es curioso notar cómo Juan Bautista no apareció como sacerdote, sino como profeta. El era de familia sacerdotal por parte de padre y por parte de madre ("de las hijas de Aarón"). Pero él no apareció en el contexto de los ritos sacerdotales de su tiempo, sino en la austeridad personal de su vida. Y denunciando a los sacerdotes del tiempo (cfr. Mt 3,7) y negándose a ser reconocido como "ungido" (Jn 1,20). Era simplemente "la voz que clama en el desierto" (Jn 1,23). Tal era el "precursor" del que había de venir.

Jesús ni pretendió reivindicar para sí el sacerdocio ni se mostró nunca como sacerdote. Es esta una cuestión ausente del Evangelio. En su vida pública Jesús suscitó muchas cuestiones; nunca suscitó la cuestión de si era el Pontífice escatológico esperado. Porque el sacerdocio venía por sucesión hereditaria, pero Jesús no era de familia sacerdotal. Por eso ni se planteaba tal cuestión; él era de la tribu de Judá, no de la tribu de Leví. Por otra parte, para obtener el pontificado eran necesarios determinados ritos, pero Jesús nunca se sometió a tales ritos o ceremonias. La actividad de Jesús es profética, no sacerdotal; y esto, tanto antes de la pasión (cfr. Jn 6,14; 7,40) como después (Act 3,22).

Lo mismo hay que decir por cuanto se refiere a su pasión y a su muerte: la pasión y la resurrección no tienen nada que ver con algo que tenga sabor ritual o cultural, y por eso no tienen nada que ver con el sacerdocio legal. El Sacrificio, en la concepción antigua, no consiste en

la muerte de la víctima, sino en una serie de ritos predeterminados; si el animal se mata sin tales ritos, no hay sacrificio; nunca se hace mención de los valores y mucho menos de las humillaciones de la víctima. La muerte de Cristo no fue ritual, sino real, es decir, una realidad cruda, efectuada en un contexto secular, no en el templo y en la ceremonia, sino en la ciudad y en el campo. Es más, la muerte de Cristo fue una condena legal y por eso un fracaso ante los ojos del pueblo; lo cual está en las antípodas de la mentalidad del tiempo acerca de un sacrificio ritual, que era acto glorificante y una exaltación para la misma víctima.

De todo lo cual se deduce que la expectación no sólo mesiánica, sino incluso la expectación sacerdotal, no fueron satisfechas en Cristo. Es más, Cristo fue la negación y hasta la denuncia de tales expectativas humanas. Por eso, Jesús fue decepcionante y hasta constituyó un verdadero escándalo. Se dice que hay que estar a la altura de los tiempos; cuando Jesús hizo estas cosas estaba a la altura de los tiempos, en la plenitud de los tiempos.

4.—*La doctrina de la carta a los Hebreos*

Habida cuenta de lo anterior, se comprende que en la predicación cristiana primitiva no se haga alusión a una presentación de Cristo como sacerdote. Es una idea enteramente extraña al Nuevo Testamento. Excepto en la carta a los Hebreos. Y en ello reside su profunda originalidad. Porque, en definitiva, la carta viene a decir que, efectivamente, en Cristo se ha cumplido la expectación sacerdotal del pueblo. Pero, de tal manera, que se ha venido a cumplir de un modo enteramente distinto a como ellos lo esperaban. Este es el punto capital.

El análisis estructural de la carta a los Hebreos muestra cómo es central en ella la doctrina sobre el sacerdocio de Cristo. La palabra "archiereus", sumo sacerdote, se aplica a Cristo diez veces en esta Carta y sólo en esta carta; la expresión "hiereus", sacerdote, seis veces.

Ahora bien, la importancia decisiva de este documento no está sola ni principalmente en que haya presentado el misterio de Cristo como misterio sacerdotal, sino en que lo presenta de tal manera que transforma radicalmente el concepto de sacerdocio y por eso el concepto de culto. Cristo fue sacerdote y por eso ofreció a Dios un culto; pero según un concepto de sacerdote y de culto que nada tiene que ver con lo que normalmente se nos ocurre a nosotros cuando utilizamos esas palabras. Aquí está el enorme interés de este documento. En efecto, frente a la noción ritual y ceremonial del Antiguo Testamento, la carta a los Hebreos presenta un sacerdocio real, existencial:

"Es él quien, en los días de su carne, habiendo presentado con un violento clamor y lágrimas, imploraciones y súplicas a quien lo podía salvar de la muerte, y habiendo sido escuchado en razón de su piedad, aprendió por lo que sufrió lo que es la obediencia; y después de haberse perfeccionado, se hizo para todos los que le obedecen causa de salvación eterna, puesto que es reconocido por Dios con el título de gran sacerdote según el orden de Melquisedec" (5, 7-10).

El sacerdocio que se atribuye a Cristo no es ritual, sino real: lo que Cristo ofrece no es una ceremonia, sino su vida, su debilidad humana,

su miedo al fracaso y a la muerte, en una palabra, su existencia. Y más fuertemente aún en 9,11-28: "No con la sangre de machos cabríos y de toros, sino con su propia sangre" (v. 12). La mutación radical se ha hecho: el sacerdocio de Cristo consistió en ofrecer su propia existencia, su debilidad humana, su asimilación total a los hermanos, hasta en la tentación, en el miedo a la muerte, en el peregrinar de la fe (12,1-3). De la misma manera, se da la mutación radical en el concepto de culto; porque, según estos textos, se suprime la distancia entre el culto y la existencia: la oblación de Cristo no fue otra cosa que el drama de su propia vida, de su existencia hecha polvo a fuerza de incompreensiones y de persecución.

5. *Primeras consecuencias*

No intuimos las consecuencias fabulosas de esta doctrina en cuanto al futuro del sacerdocio y de la Iglesia. Pero ya se pueden ir sacando conclusiones respecto al presente. Se trata de realizar una verdadera revolución interior del clero: hoy se pone en cuestión su pasión de liderazgo y su ansia de seguridad. El sacerdote ha de hacerse a la idea de perderse en la masa, compartiendo sin más la existencia y la experiencia humanas. Afincado en la fe, viviendo en la fe. El sacerdote tradicional satisfacía determinadas aspiraciones de salir del anonimato, y ofrecía también una seguridad, porque lo sacral y lo ritual aseguraban la amistad con Dios y la eficacia humana. Pero ahora se vuelve a plantear lo que significa para el sacerdote Jesús, vivido en la fe. Jesús vivido no en la seguridad sino en la fidelidad.

B. SACERDOCIO DE CRISTO Y SACERDOCIO CRISTIANO: PLANTEAMIENTO

1. *Las dudas de nuestro tiempo*

En la problemática sacerdotal de nuestro tiempo, una de las cosas que más hacen sufrir, y desde luego la raíz más honda de todos los problemas, reside en el hecho de que el sacerdocio en sí mismo se ha difuminado. Hasta tal punto que los curas se preguntan qué son, para qué son, qué condiciones se requieren para que un hombre pueda ser sacerdote, en qué ha de consistir el ejercicio de su ministerio sacerdotal. La gente ya no acepta una serie de cosas y el ministerio se va quedando como en el vacío; de ahí la impresión de inutilidad que muchos curas arrastran, y por eso las crisis que provocan. Y muchos se preguntan si el nuevo camino por el que van echando tantos curas es el recto camino.

La duda está planteada en el sentido de que se va desviando el sentido de la vida sacerdotal desde una orientación más teocéntrica hacia una orientación más antropocéntrica, de lo vertical a lo horizontal. Pero entonces, y por eso, es lógico que muchos se pregunten si esto no es una claudicación, si en realidad no se está saliendo del recto camino. Todo ello por dos razones:

a) Si el sacerdocio es "en las cosas que se refieren a Dios", ¿no estamos adulterando el sentido del sacerdocio al orientarlo de tal manera hacia los hombres?

b) Por otra parte, si lo orientamos hacia un planteamiento de tal manera humanista, ¿no es eso enteramente común con los seglares? Entonces, ¿en qué se diferencia del laico? ¿Qué sentido tiene hacerse cura?

Es claro que al querer encontrar una respuesta a estas cuestiones tenemos que contar con lo que en todo este planteamiento juega un papel decisivo: el elemento sociológico. Lo cual quiere decir que habrá que dejar tiempo al tiempo; para que el tiempo sea el que dé la respuesta. Por eso no nos podemos precipitar, si no queremos llegar a conclusiones arbitrarias que, por eso, no van a tener especial validez y pervivencia. Pero al mismo tiempo, hay que reconocer y tener muy presente que al menos sí tenemos derecho a exigir una orientación de la teología a este respecto. Se trata, por eso, de saber si la Palabra de Dios nos puede aportar alguna pista de solución para ir orientando nuestras reflexiones y nuestras tomas de posición ante las nuevas situaciones y ante las nuevas tendencias.

En este sentido, creemos que, efectivamente, la Palabra de Dios tiene algo muy importante que decir. Es esto lo primero que aparece claramente definido en la Palabra de Dios, tal como esa Palabra se nos da en la carta a los Hebreos.

2. *El texto de Hebr 2,17-18*

El primer texto explícitamente sacerdotal que hay en la carta contiene un planteamiento magistral a este respecto:

"En consecuencia, El ha debido hacerse en todo semejante a sus hermanos, a fin de llegar a ser en sus relaciones con Dios un gran sacerdote misericordioso y fiel, para expiar los pecados del pueblo. Porque por el hecho que El mismo ha sufrido por la prueba, por eso es capaz de venir en ayuda de los que son tentados".

Para comprender el sentido de este texto hay que tener en cuenta que es el final y la culminación de toda la primera sección de la carta (1,5-2,18), en la que demuestra la supremacía absoluta de Cristo. Ahora bien, esta culminación final contiene la primera presentación que el autor hace de lo que es el sacerdocio de Cristo. Una primera presentación en la que ya se condensa lo que es el sacerdocio de Cristo y, por eso, el sacerdocio cristiano. Esta es la importancia del pasaje.

En la preparación larga hasta llegar al texto mismo, hay que tener presente dos ideas fundamentales que el autor quiere inculcar:

a) En el primer párrafo (1,5-14), la asimilación y la unión con Dios. De ahí toda la serie larga de citas bíblicas, que aporta, todas en el mismo sentido.

b) En el tercer párrafo (2,5-18), la asimilación y la unión con los hombres.

Entre ambos párrafos queda enmarcada la exhortación de 2,1-4, que no reviste especial importancia por lo que respecta a nuestro tema. Ahora

bien, lo que interesa destacar (y esto es importante de verdad) es que el texto sacerdotal primero de la carta queda enmarcado en el párrafo que dedica a subrayar las relaciones con los hombres, la asimilación con los hermanos. Esto ya está indicando el pensamiento de fondo que subyace a todo el planteamiento que hace del sacerdocio de Cristo.

3. *Primer análisis del sacerdocio de Cristo*

Venimos ahora a analizar el texto en sí mismo. O, más exactamente, se trata de ver los condicionamientos que pone el autor al sacerdocio de Cristo. Lo cual es lo mismo que hablar de los condicionamientos del sacerdocio cristiano. Varias cosas se dicen en este texto, todas ellas de una importancia capital:

a) *La condición determinante para llegar al sacerdocio*: “hacerse en todo semejante a sus hermanos, a fin de llegar a ser en sus relaciones con Dios un gran sacerdote...”. La condición es hacerse semejante en todo, asimilarse totalmente a los hombres. Al decir “kata panta” (en todo) el autor exige asumir de verdad y enteramente la condición humana, con todas sus consecuencias.

Por el contexto precedente se ve claramente que “kata panta” (en todo) se refiere no sólo al hecho de asumir la existencia carnal (ya eso sería bastante, porque indicaría todo lo que es humano), sino que afecta, más en concreto, al dolor y a la muerte (“por la muerte”: 2,14; “por haber padecido la muerte”: 2,9; “por el sufrimiento”: 2,10). Y para que desaparezca toda duda, el autor añade una sentencia en la que expresamente habla de la muerte de Cristo en su pasión; tal es el sentido de 2,18: “por el hecho de que El mismo ha sufrido por la prueba”.

La originalidad impresionante de este planteamiento se advierte mejor si tenemos en cuenta lo que esto significa con respecto a la tradición anterior en el pueblo de Israel. En efecto, en la tradición del Antiguo Testamento, la condición para el acceso al pontificado no era la asimilación a los hombres, sino la separación. La asimilación ya se daba por supuesta; el pontífice era un hombre entre los demás. El peligro se veía, más bien, en que fuera uno más entre los demás, y que por eso fuera un hombre cargado con las mismas limitaciones que el resto de los mortales, es decir, igual en los defectos que desagradan a Dios y hacen indigno a un hombre para tal oficio. De ahí que la insistencia se ponía en el aspecto de separación: los levitas fueron separados del resto del pueblo, y la familia de Aarón del resto de los levitas; a nadie le era lícito ejercer el pontificado si no era de la familia de Aarón y más en concreto de la estirpe de Sadoq (Ex 29,29-30; 40, 15). De ahí la solicitud por las genealogías.

Por el contrario, el autor de Hebreos pone toda la insistencia en que sea enteramente semejante a los hombres: la separación no pertenece a la noción del verdadero sacerdocio que se instaura en Cristo. Más ampliamente trata este punto en 7,3.6.11-14.16: el concepto de separación y de casta ya no pertenece al sacerdocio cristiano.

Por otra parte, mientras que entre los judíos este aspecto de separación se inculcaba por una serie de ritos santificantes y abluciones purificantes (Ex 29; Lev 8-9), el autor de Hebreos en lo que insiste es

en que no se trata de un sacerdocio ritual, sino real (5,7-10; 9,11-28); por lo tanto, no se requiere la separación antigua, sino todo lo contrario, la participación en la existencia real de los hombres.

Y todavía hay más; expresamente se hace hincapié en que el aspecto de asimilación que se requiere es precisamente el de la debilidad humana y el de la humillación humana, hasta la agonía y la muerte de un condenado. Lo cual comporta una mayor originalidad con respecto a la tradición anterior; porque precisamente lo que en la tradición judía se destacaba era el aspecto de exaltación gloriosa, incluso política (cfr. 2 Mac 4,7: 13.23ss). Flavio Josefo cuenta cosas tremendas en este sentido. Hasta el detalle de que si un individuo tenía determinados defectos físicos no podía ser sacerdote. El autor de Hebreos no sólo no rechaza la humillación y hasta las heridas, sino que las exige. Se rechaza todo privilegio, toda distinción, y se acepta la condición más baja entre los humanos. Esta es la condición para llegar al sacerdocio a partir de Cristo.

b) *El medio por el que Cristo tuvo acceso al sacerdocio*: es la pasión y la muerte. El problema que se plantea aquí es si el sacerdocio de Cristo es una realidad terrena o se refiere a la existencia gloriosa de Cristo. Sin meternos en cuestiones técnicas, la posición de los teólogos y lo que pide la exégesis del texto es que Cristo fue sacerdote en su vida terrestre y lo sigue siendo (más propiamente) en su existencia gloriosa; pero esto de tal manera que la condición para llegar a la plenitud del sacerdocio es precisamente el hecho de haber pasado por la muerte.

c) *Las cualidades del sacerdocio*: que sea *misericordioso* y *fiel*. Misericordioso, como en Mt 5,7 (los dos sitios en que aparece esta palabra griega en el Nuevo Testamento), expresa la compasión humana hacia los hombres. Cristo debió ser así en los dolores y en las humillaciones de la humildad para que se estableciera la relación de misericordia entre El y nosotros. Fiel o fidedigno se refiere a sus relaciones a Dios. Tal es el sentido que tiene luego en 3,1-6. Ambas cualidades definen cómo tiene que ser el sacerdote: el hombre de la fidelidad ante Dios y el hombre de la misericordia humana. Lo cual responde al planteamiento que ha hecho en los dos párrafos introductorios: en 1,5-14 la relación a Dios; en 2,5-18 la relación a los hombres. No puede faltar ninguna de estas dos cosas. Y hay que afirmar esto con fuerza en nuestro tiempo. Es urgente repensar nuestra experiencia religiosa y nuestra actitud ante cualquier problema. Si falla una de las dos cosas, falla por eso el sacerdocio cristiano.

d) *El objetivo al que apunta el sacerdocio*: la expiación de los pecados. El verbo "expiar", en griego, no expresa una acción que se dirige a Dios, para cambiar a Dios, sino una acción que se dirige al hombre, para que éste sea el que cambie, y ello porque así ha sido determinado por Dios. No se trata, pues, de un rito mágico que cambia a Dios, sino de una acción ante el hermano, que lo transforma y así es aceptado por Dios. Lo cual tiene una conexión formidable con las cualidades exigidas por el texto para el sacerdote: porque es misericordioso y fiel, por eso puede hacer este género de expiación de los pecados humanos.

e) *La significación humana que tiene todo esto*: ayudar a los que sufren en su tentación. Y ayudarles por el hecho de que no pasa por

lo mismo que ellos pasan, por el mismo sufrimiento y la misma tentación. Tal es la significación honda de todo el texto sacerdotal de Hebreos.

4. *Conclusión*

Hay en todo esto una orientación profundamente humana del sacerdocio. Un sacerdocio orientado hacia los hombres, hacia el sufrimiento y la debilidad de los hombres. Y para hombres que se ven sometidos a esa misma debilidad y tentación de todos los mortales. Lo cual quiere decir que el sacerdote no ha de asustarse por verse débil, pobre, ignorante. Todo eso es requerido para ser un buen cura. Y pasar por lo que la gente pasa. Y hay que decir esto para que se quiten los miedos ante el proceso actual de asimilación a la gente, cuando desaparecen los altos pedestales religiosos y sociológicos que siempre han existido.

Para ser cura hay que tener una enorme compasión humana y una enorme experiencia de Dios. No es la fortaleza ni la claridad lo que se requiere. Sino estas actitudes tan hondas. El que delante de Dios se vea así, es el que puede ser cura y lo será cien por cien y según Cristo.

(continuará)

-
- (1) Como orientación bibliográfica, véase: A. VANHOYE: *Epistolae ad Hebraeos textus de Sacerdocio Christi*. Romae, 1969. Del mismo autor: *Situation du Christ, Hébreux 1-2*. Paris, 1969. También: J. HERING: *L'Épître aux Hébreux*. Nécuhâtel, 1954.

“Creo que lo más duro en la vida de los sacerdotes es doblegar la rigidez mental para poder compadecer, y cambiar el estado de ánimo ante las personas que acuden a ellos; y sin embargo esto es muy necesario”

SAN GREGORIO MAGNO: *Homil. in Ezechielem*,
1. I, IX, n.º 28 (PL 76, 918)